

POLÍTICA EMPÍRICA

Por Pedro Figari

(Para LA NACION)

PARIS, noviembre de 1928.

Tiene algo de mal sueño, de ésos que se hacen boca arriba, lo que vemos y lo que oímos acerca de la política en general, y de la política internacional, particularmente. Sobre montañas de cadáveres, de ruinas, de sufrimientos inverosímilmente prolongados, e indescriptibles por su propia enormidad, los más grandes hombres públicos no pueden todavía hablar claro, ni decidir juiciosamente. Hay que proceder con gran cautela frente a las pasiones, intereses y ambiciones que circulan por la enredada organización humana, si no es irreverente llamar a esto organización—irreverente, entiéndase bien, para el vocablo;—hay que andar con el cuidado con que se acerca el domador a la fiera, porque sabe que está expuesto a la sorpresa de una reacción violenta, sin saber cuál es, puesto que todos pueden producirse por igual. ¡Francamente es para dar al traste con la inteligencia humana!

Bríand, por un lado, con su verba plástica, y Stresemann, con sus "antenas bien intencionadas", van palpando suavemente, antes de arriesgar una frase tranquilizadora. Y así hablan en la Sociedad de las Naciones, en una institución de paz creada como un milagro de audacias en medio de las mandíbulas crujientes de pasión, en este mundo que ensordecieron los cañones y obuses por cinco años consecutivos, dispuestos en fila día a día, hora a hora, hasta por la noche, y hablan bajo, esperando oír el eco de cada frase, según escuchan los clínicos cuando auscultan al enfermo. ¡Qué enfermo debe estar el mundo!

El criterio científico, el razonamiento sereno, nada pueden en este ajeteo exaltado y ávido; es a las pasiones que es preciso sugerir, todavía en el siglo XX, en vez de hablar directamente a los cerebros. Desconcierta tanto atraso en medio de tantas maravillas de progreso, y se comprende que el pueblo que trabaja, que sufre y que vive en carestía, pierda la cabeza. Los hombres públicos, en cambio, se amañan para distraerlo con promesas, las mismas que van quedando cada vez más desacreditadas, a fuerza de desengaños, mientras el pueblo espera.

Es el enredo de la Polonia, el Ruhr, Dantzig, el Rin, Túnez, Rusia, los Balcanes, Turquía, las colonias, lo que mantiene a todos los pueblos con su cuchillo cruzado entre los dientes, prontos a arremeter a cuchilladas, y a esto se llama la organización moderna de las sociedades humanas civilizadas. Es el hierro, el petróleo y otros elementos aprovechables lo que se disputa por debajo de las carpetas diplomáticas, como que existen odios inextinguibles cuya causa es inconfesable. ¿Qué es esto sino puros resabios de la política maquiavélica, empírica?

Priva un espíritu casero en cada núcleo; cada cual piensa que puede sacar un partido más ventajoso a fuerza de "muñeca", por entre las camándulas y travesuras acumuladas en los siglos, y opta por un expediente efectista, de argucias, más bien que por una acción constructiva de previsión. Por eso es que los más grandes "leaders" aparecen y desaparecen como zorros, tan a menudo, en vez de ir por la senda ancha y firme como el león.

Encarados científicamente, con probidad, con equidad, tales conflictos, no es posible creer que no ofrezcan solución. Si no se encuentra es porque los estadistas, según hacían los galenos antes de Pasteur, de Lis-

ter y de otros hombres de ciencia beneméritos, colocan cataplasmas sobre las úlceras purulentas, en vez de abrirlas. No asoma uno capaz de ofrecer una solución juiciosa, y quedan así latentes los conflictos por debajo de las negociaciones celebradas.

Si se examina eso que se llama organización social, se advierte que sería igualmente apropiado llamarle desorganización. Las sociedades humanas se han constituido sobre una base de opresión, más bien que de ordenamiento y cooperación. Es cierto que un régimen así, de equidad, que es lo único que puede hacer prosperar efectivamente a las agrupaciones y hacerlas vivir una vida grata, demanda que cada asociado sea tan severo para consigo mismo como para con los demás, y esto es difícil de alcanzar cuando la costumbre ha sido bien otra. ¿Cómo van a hallarse regularmente repartidos los bienes naturales entre las comunidades, y los comunales entre los asociados, si es prepotente y arbitraria su distribución? Se ha confiado en el amor para llegar a la prosperidad humana. ¿Cuánto más discreto sería el conformarnos con la ecuanimidad!

El pueblo va aprendiendo y comprendiendo a medida que vive, a favor de los adelantos científicos e industriales, que le han permitido salir de su ignorancia, y se apura cada día más hacia una mayor consecución. La ecuanimidad quedó por completo ausente de las formas constitutivas sociales, y es eso, precisamente, lo que hoy nos trae tanto obstáculo. Entre el pueblo y el andamiaje político, entre esos dos bandos que se quieren identificar, se desarrolla en tendal la variedad de elementos intermedios que tratan de prosperar individualmente, según puedan, temiendo tanto al pueblo cuanto a los políticos, y sin tomar partido por los unos ni por los otros, como no sea incidentalmente, para mejorar sus posiciones propias. ¿Es sensato pensar que así encaminadas las cosas puedan marchar bien?

Por de pronto, no es ni puede ser un propósito común y solidario el que guía, según debía ser. Entre los políticos hay un perpetuo juego de cucaña, que estimula la prensa con fruición, para mantener los comentarios de los clubs, enjambre de organizaciones preparadas para el acto electoral, que termina en las urnas, como resultado de endiabladas maquinaciones; a esto se llama la voluntad popular. Resulta así que no son siempre los espíritus más preparados los que dirigen sino los profesionales, que han podido hacerse erigir en directores por medio de una pañaca electoral cualquiera. En el gobierno, en esa pista escabrosa, iluminada con luces multicolores, los políticos van haciendo sus juegos malabares por lo alto, mientras se afirman, a la manera de los jinetes, sobre el pueblo que sigue su marcha, no sin decirse: mientras no me abruenen a impuestos, todo irá bien.

Y esta marcha se acelera cada día más por el esfuerzo fecundo de los investigadores que van rectificando el movimiento complejo y evolutivo, determinado fundamentalmente por la ciencia, que es conciencia, y por sus derivaciones en las artes e industrias generales. Ese es el mejoramiento que se percibe por las entrañas mismas del entrevero social. Gracias cuando los políticos, dejando sus cabriolas y marcando el paso, aprovechan de estos elementos que les suministran los estudiosos, a veces desde el rincón de un labora-

torio sombrío. Pero es una verdadera injusticia, que llega hasta la iniquidad algunas veces, desconocer que es en substancia, y muy primordialmente, el trabajo hondo que efectúan los investigadores el que hace andar más aprisa del paso evolutivo.

Si se comprendiese claramente esa marcha, que parece simple obra del tiempo o de factores circunstanciales, cuando es el producto del esfuerzo de los que investigan, trabajan y luchan, y si los autoritarios por temperamento pudiesen formar conciencia acerca de que este hecho es irreducible, felizmente se podría acelerar bastante el progreso natural, no ya evitar estas catástrofes que no conducen a nada práctico, ni siquiera a una enseñanza suficientemente cierta. Con pensar que uno solo de los muertos, de entre los millones, fuese un genio benefactor, ya se vería que se ha perdido mucho más de lo que se ha ganado. Si el ungido de capacidad creadora y fecunda, pudiese asistir a estos torneos oratorios ¡ya sonreiría!

Subleva ver que todavía hoy pueda desatarse en el mundo otra guerra, en la que los incautos, más inconscientes que insensibles, se brindan el placer de satisfacer una curiosidad de enanos espirituales, devorando crónicas cablegráficas para saber qué clase de adelantos se han operado en la química y la física, y mucho más subleva aún el ver que los grandes hombres políticos, sin sensibilizarse, por cierto, sino con la severa suficiencia de los grandes cirujanos, admiten la posibilidad. Se espera que la prensa coadyuve a aplacar los ánimos; ¿es concebible que la prensa, que arraiga en el pueblo y se alimenta de él y para él, pueda dejar de ampararlo por razones políticas? Bien puede decirse que esto tiene algo de pesadilla.

Es que la prensa, aquí, en el Viejo Mundo, está articulada a base de organización puramente política, y no es, como allá, en nuestra virgen América, que por no hallarse preconstituidos los valores y resabios de orden tradicional puede ir derechamente a servir los intereses generales. La libertad de acción se ha hecho casi imposible aquí, a fuerza de actuar tendenciosa y sistemáticamente en defensa de uno u otro orden de intereses y aspiraciones. Son estas cristalizaciones las que impiden marcar el paso en la evolución, que es renovamiento, afortunadamente, puesto que otra cosa no haría desesparar frente a los enormes defectos de organización que palpamos a cada instante.

Aquí, por la fuerza compulsiva tradicional, puede decirse que la opinión, por lo regular, es parcelaria, puesto que forma en uno u otro de los bandos y matices que ha ido plasmando la lucha multisecular. Resulta así que frecuentemente se manifiesta, a veces hasta sin embages más bien que como opinión, como simple consignas; es esto lo que dificulta tanto las evoluciones de los bandos en la marcha, aun en las marchas forzadas. Para explicar esta rémora se apela a aquello de que la vida es lucha; pero si es cierto que es lucha, ante los intereses comunes como son y deben ser los sociales, no debe ser choque ni opresión, que es abuso, porque esto es ir contra los más elementales deberes de solidaridad, deberes que son imperativos entre los que conviven. Aquellos son simplemente defectos de orientación y de organización social.

Es por todo esto que nosotros, los americanos, podemos adoptar más libremente un plan científico de organización, y debemos hacerlo.